

# Palabras de Gonzalo Rojas:

## "Oxígeno a modo de prólogo"

*Después de casi diez años de ausencia, Gonzalo Rojas regresó a la ciudad en que transcurrió gran parte de su vida y de la que se alejara en 1970, en un viaje de homérico retorno.*

*Hace apenas una semana, ante una concurrencia que repletó el Auditorio de la Caja de Compensación, leyó algunos de sus poemas -los nuevos y los antiguos-, volviendo a experimentar el reencuentro con sus amigos y alumnos.*

*Horas antes había escrito unas cuantas líneas, un esbozo de su diálogo vivo, el que reproducimos ahora en señal de respeto y homenaje.*

No me apoyo en ellas pero me gustan esas palabras de Jacques Derrida, "Todo poema corre siempre el riesgo de carecer de sentido, y no sería nada como poema sin ese riesgo".

Habría que tomarlo con humor y no con pavor, pero yo en el caso de ustedes -de cualquiera de ustedes, la verdad- no hubiera venido. Pues ni soy actor ni apenas lector desafinado como para que alguien quiera oír la voz oscura de un oscuro, o de un desterrado de sí mismo. Además -como decirlo- no traje la partitura para cada uno de los oyentes y esto sí es un abuso en cuanto la poesía exige la oreja pero también exige el ojo que nos dio Dios. ¿Quién no sabe que, más allá de la significación sonora, hay la del silencio que es lo blanco enigmático de la página; blanco que tantas veces nos dijo o entredijo más?

Mi lectura, entonces, no pasará de ser una de las lecturas posibles de mis textos, de muy vario tiempo y espacio; y no para lucir el "progreso" -¡esa palabra!- que no tuve, maniático como soy de unas mismas visiones. Porque uno escribe en el viento y puede que de golpe y simultáneos tenga sesenta o tenga veinte; o, más atrás, esté acodado ahí todavía en la litera de arriba, la litera de tercera rumbo a Iquique -¿cómo era el nombre de ese barco de la Sudamericana de Vapores?- sacándole chispas al papel en mi *Cuaderno Secreto*, con Joyce al fondo. Nunca por cierto publicado ese cuaderno mío del aire. O éste cumpliendo ya los 20 ásperos, la Mandrágora en los sesos, los clásicos en mi corazón. O parta, este partiendo otra vez al norte, siempre al norte cumbre arriba por esos cerros: pampa, desierto, Dios; ida y vuelta a mi Dios en el rehallazgo, como ahora. O en el filo tremendo de Valparaíso a los 28 de mi suerte escriba sin parar, lava y más lava, *La Miseria del Hombre*, para callar quince años. O aquí mismo, en Concepción, diga *Contra la Muerte* que es casi lo mismo; como es lo mismo y mismo el ardimiento de mi *Oscuro* en Caracas o de *Transtierro* en mi Madrid.

¡Lo que anduve asiático, europeo, americano de los trópicos, neotroquino sin madre, pero más y más chileno estos diez años por el mundo! Por lo que les digo a ustedes que no había para qué ir tan lejos; que el viaje mismo es un absurdo, que esto se escribió solo, que el que habla por uno es cualquiera de ustedes, o el río de la infancia. Y leo por leer, de aquí, de allá; más de allá que de aquí,

como si no me oyera nadie. Total no me ha leído nadie por ser yo mismo nadie, o casi nadie aquí. Y eso ya es mejor; para que uno no se engria con esos premios, la tinta laudatoria, las versiones, las becas. Aunque, por otra parte, sin beca Guggenheim no estuviera ahora viendolo todo tan cerca.

Lo peor en esto de leer en público es el espejo. Viene y se rompe. O viene uno y se encadila en él. Mejor atenerse, para huir la autotrampa, a lo que me dije alguna vez:

"Solo se aprende, aprende, aprende,  
de los propios, propios errores".

"Me enseñaron a ganarlo todo y a no perderlo todo. Y, menos mal que yo me enseñe solo a perderlo todo". ¿Solo? ¿No habrá también orgullo en eso?

Quiero decirlo de una vez: me duele este oficio. Aunque no haya nunca otro mayor, como está escrito en el relámpago; ni el que te hace sabio ni el que te hace poderoso, pero hay que merecerlo. No transar con el éxito ni con la adversidad. Porque dicha o desdicha, todo es mudanza para ser. Para ser, y más ser; y en eso andamos los poetas. Tal vez por ello mismo no funcionemos bien en ningún negocio; ni del Este ni del Oeste. Y nuestro negocio único tenga que ser la libertad.

Libertad que a veces uno confunde con el salvacionismo solidario o la adhesión total; a mí me ha pasado. No mucho, desde el momento que ya de niño mi única conducta o militancia fue siempre la poesía, pero me ha pasado. Claro que no hasta el punto de confundir poetizar con politizar porque eso sería servidumbre, y alejarse del Misterio. Y yo creo en el Misterio. Ahora, que si me harté hasta el hartazgo de cualquier modo de consignismo, sin haber cedido nunca a su tentación, no iba a adherirme al otro fariseísmo de callar. De callar sucio, porque si no lo dices se te seca la lengua, y adiós vidente mío. Nada nunca con la mutilación temática justo porque el poeta de veras es él y más que él: uno y todos los mortales; el vencedor lo mismo que el vencido; el amante, el amado, el loco, que -como dijo Chesterton- lo ha perdido todo menos la razón; el *homo ludens*, casi nunca el *sapiens* pero a la vez el *homo religiosus*; el *zoon politikon*, el adivino; el nadie, el nada, el zumbido del Principio.

¡Pero no vinimos entonces a oír unos versos!